

gundo gran bloque de mi tiempo, transcurre con “tareas” tipo contestar e-mails, escribir cartas, responder peticiones, leer lo que la gente me ha enviado, trabajar con la revista que edito, rellenar formularios, etc. Por supuesto, también paso mucho tiempo preparando las clases.

Cuando estoy en casa, si no me sobrepasan todas estas pequeñas tareas, y si no tengo que prepararme las clases, entonces puedo tener un día, o el lujo de dos días a la semana para dedicarme a leer o a preparar una conferencia, artículo o, a veces, un libro.

Así, de 9 a 5, cuando me quedo en casa, estoy en mi despacho situado en el sótano trabajando —con la música a todo volumen, a veces con la televisión encendida de fondo, trabajando, deambulando, perdiendo tiempo— y trabajando. A las cinco, más o menos, paro para hacer un poco de ejercicio (muy poco), y luego subo para hacer la cena. Después de cenar tenemos un rato en familia (vemos la tele, una película, escuchamos música juntos o hablamos) hasta que Zachariah se acuesta, entonces leo los periódicos y me voy a la cama.

Así paso los días. ¿Probablemente no es como usted imaginaba? Resulta interesante que pensase que escribo mucho pero, en realidad, no tanto. Le recuerdo que hace ya 35 años que trabajo en la universidad. La mayor parte de lo que escribo lo hago en mi tiempo libre —vacaciones a lo largo del curso y en verano. Necesito largos periodos de tiempo sin interrupciones para poder trabajar porque, como ya he dicho, no me gusta mucho escribir. Por eso me cuesta como mínimo cinco años escribir un libro —uno de los míos.

*Muchas gracias Dr. Grossberg...*

Chantal Cornut-Gentile D'Arcy

## Pecados de los Estudios Culturales

Hace treinta años que di con los Estudios Culturales.<sup>1</sup> Mientras que nunca me habría podido imaginar que los Estudios Culturales llegarían a tener tanto “éxito”, los riesgos, entonces, eran, en comparación, insignificantes. En la actualidad, la elección de entrar en el ámbito de los Estudios Culturales se caracteriza por ser un tanto peligrosa, si no maldita. Parece ser que los Estudios Culturales (y las políticas que los acompañan) se han convertido en una amenaza. Resulta peligroso ser objeto de oposición y ataque siempre que se presente la ocasión: acusado de ser demasiado teórico o no lo suficiente, demasiado político o no lo suficiente, demasiado abstracto o demasiado concreto, demasiado crítico o insuficientemente crítico, demasiado elitista o demasiado populista, demasiado

<sup>1</sup> En este artículo usaré el término “hablar” como si representase una única voz de los Estudios Culturales. No voy a negar que los Estudios Culturales contienen un discurso múltiple y fracturado. También personificaré a los Estudios Culturales, haciendo de ellos el sujeto parlante y activo de mi argumentación. Sé que soy culpable de eomplicar las cosas, pero es una elección retórica. Si el lector se siente incómodo con este uso retórico, éste/a puede modificar cada frase sustituyendo el sujeto por “los profesionales de los Estudios Culturales”.

preocupado por el rigor académico o, todo lo contrario, de minar el rigor de las disciplinas, de contribuir al declive de la civilización occidental o de estar al servicio de los intereses imperialistas de occidente. Sinceramente, me cuesta entender todas estas acusaciones. De todos modos, si surgen tantas fuerzas que arremeten contra el discurso de los Estudios Culturales, algo debe haber ahí, aunque no sea de la manera con que los críticos han hecho sus acusaciones.

Querría, antes que nada, aclarar que creo firmemente que los Estudios Culturales son una práctica intelectual rigurosa. Tienen como objetivo principal producir el mejor conocimiento posible usando las herramientas más sofisticadas que permitan resolver cuestiones específicas sobre la organización del poder en la vida social. El rigor de los Estudios Culturales viene precisamente dado por su compromiso con la argumentación y el análisis intelectual, la investigación empírica y la necesidad de un método educativo que introduzca a la gente a organismos de trabajo y de tradiciones tanto dentro como fuera de los Estudios Culturales. No niegan la existencia de tradiciones que se tienen que estudiar y tener en cuenta (incluso aunque no acepte su construcción como un canon fijo y estable). Es en este contexto en el que se entiende la referencia que con frecuencia se hace a la máxima de Gramsci sobre el hecho de que debemos saber más que “los de la otra parte”. No obstante, este compromiso se tiene que equilibrar con otro igualmente potente con el que mantener la pasión y participación política, el reconocimiento de que el conocimiento siempre se produce y se utiliza al servicio de cualquier asunto político, por mucho que resulte invisible o se dé por hecho.

Hay quienes han sugerido que los Estudios Culturales no son una práctica académica, que su verdadero “espíritu” y, en algunas tradiciones, su historia auténtica se sitúa fuera del ámbito universitario. Sin embargo, la verdad sobre los “Estudios Culturales” no se halla en la idealización de algún lugar más allá de los muros académicos. Los Estudios Culturales no versan sobre la restauración de una unidad perdida (de la reali-

dad, la existencia humana o el saber) sino del entendimiento de los modos en los que la realidad misma, y las formas con las que nos relacionamos con ella, son construcciones contingentes que están intrincadamente ligadas con la organización y articulación de la cultura y del poder.

Por supuesto que, precisamente porque los Estudios Culturales existen dentro del ámbito académico, tenemos que observar los modos con los que los Estudios Culturales ponen en tela de juicio las propias condiciones y estructuras que dominan la universidad moderna. El modelo que domina la construcción del conocimiento, y su construcción implícita del mundo según su propia imagen, define la objetividad como la condición mínima indispensable. Es más, define la objetividad como la ausencia de política, pasión o emoción, perspectiva e inversión personal, todo ello etiquetado con el rótulo de “subjetividad”. Los Estudios Culturales, sin embargo (junto con otras formaciones recientes de trabajo crítico académico como el feminismo), argumentan que dicha definición no es una característica intrínseca o necesaria de conocimiento humano alguno en el mundo. No es el único modo para constituir la categoría de conocimiento, o para definir la objetividad. Es decir, es sólo uno entre muchos discursos posibles. Pero, está claro que tampoco es exactamente como cualquier otro ya que su preponderancia representa la victoria de un conjunto particular de prácticas culturales e institucionales.

El discurso predominante de la objetividad, comúnmente asociado a la noción de “ciencia”, conlleva una organización institucional particular: es decir, el conocimiento y la producción del mismo están organizados en y por disciplinas que, normalmente, aunque no siempre, se corresponden con los distintos departamentos universitarios. Esta división y organización específicas del conocimiento y de la investigación en el ámbito académico fue una invención basada en los cambios sociales del siglo diecisiete y, más tarde, del diecinueve en Europa y en las Américas. Cada disciplina viene definida por un conjunto delimitado de objetos, cuestiones y “saberes”,

por métodos específicos y procedimientos de medidas, etc. Cada disciplina controla su propia área de competencias y las formas aceptables de conocimientos, investigación y estudio. Cada disciplina define lo que resulta razonable y aceptable, y qué cuestiones deben excluirse por ilegítimas. Cada disciplina define también qué tipo de respuestas son aceptables y cuáles no (ya que son místicas, basadas en la superstición, no verificables, inconsistentes, etc.). Dicho con sus propias palabras, los economistas estudian economía, los biólogos, biología, y los especialistas en literatura se dedican al estudio de los textos literarios. Esto es todo lo que hay. Cuando a alguien se le ocurre transgredir estos límites, se le llama diletante, su investigación tiende a rechazarse por considerarse inadecuada, hecha de cualquier manera y carente de rigor; en pocas palabras, "no sabe de lo que está hablando".

Los Estudios Culturales cuestionan dicha organización y hacen un llamamiento a la investigación interdisciplinar, lo cual resulta ser otro reto más. Sin embargo, los Estudios Culturales no promulgan el abandono absoluto de disciplinas y departamentos. A menudo, los especialistas en Estudios Culturales no tienen otra elección ya que sus trabajos e instituciones académicas están organizados de esta manera. Tampoco dicen que la interdisciplinariedad simplemente consista en leer y citar trabajos teóricos o empíricos pertenecientes a otras disciplinas. La interdisciplinariedad no significa adoptar sin ningún tipo de criterio una sola fuente, teoría o descripción de otra disciplina para rellenar parte de la propia investigación. Por ejemplo, si necesito decir algo sobre los cambios en la economía o prácticas directivas en una empresa, citaré a alguien cuyo trabajo ya ha sido citado favorablemente por autores que he leído, o cuyo trabajo concuerde en algún punto con mis propias suposiciones teóricas. La interdisciplinariedad no es algo tan fácil; cuesta mucho trabajo puesto que la división en disciplinas ha tenido unos efectos reales y duraderos que no se pueden anular porque sí. Otra cosa que tampoco se afirma en absoluto es que la interdisciplinariedad proporcione

una especie de respuesta imaginaria totalizadora. Los Estudios Culturales no son una panacea mágica o salvación para la investigación académica; no pueden trascender totalmente la fragmentación moderna de la realidad y del conocimiento.

No obstante, los Estudios Culturales sí que se niegan a que se les encaje en cualquiera de las divisiones existentes del saber. En la práctica, esto significa tres cosas. La primera es que uno no puede ignorar cuestiones que puedan resultar relevantes para su investigación sólo porque dicho cuestionamiento le conduzca al campo de otras disciplinas. De hecho, las preguntas importantes no suelen respetar estas líneas disciplinares históricamente construidas. ¿Con qué frecuencia los profesores responden a la pregunta de un alumno diciendo, por ejemplo —esto es muy interesante, pero esto es una clase de literatura, no de economía? Sin embargo, por ejemplo, cuestiones sobre relaciones entre raza y cultura nos involucra en el estudio de los textos mediáticos, pero también nos puede llevar a cuestionarnos ciertos aspectos de las instituciones y economía de los medios de comunicación, de la etnografía de la recepción, de la historia y la economía de las relaciones raciales, de las políticas llevadas a cabo por el gobierno respecto a los medios y las relaciones raciales, de la historia del significado de la raza y de la validez de las teorías biológicas de la raza, del poder del lenguaje de la ciencia, de varias luchas ideológicas sobre la raza y las libertades civiles o derechos constitucionales, de cuestiones de nación y de imperio, de colonialismo y de la economía del trabajo y del comercio, de la migración artística y legitimidad, etc. Dicho de otro modo, los Estudios Culturales tratan de explorar y explicar las relaciones entre la cultura (o prácticas culturales) y todo lo que no es obviamente cultural —donde se incluyen las prácticas económicas, las relaciones sociales con sus diferencias, asuntos sobre la nacionalidad, instituciones sociales, etc. Esto entraña delinear las conexiones y ver cómo éstas se producen y dónde se pueden reproducir. En consecuencia, su investigación siempre debe cruzar fronteras disciplinares.

Mientras que la interdisciplinaridad implica un auténtico trabajo, tampoco se trata de dominar una y otra disciplina. Por ejemplo, alguien perteneciente a los Estudios Culturales cuya intención sea manejar asuntos económicos no pretende convertirse en un economista; pero sí que se puede familiarizar lo suficiente con los discursos y prácticas de la economía como para que, si elige utilizar una teoría económica concreta, o una descripción particular de algún fenómeno, pueda conocer la relevancia de su elección. Sabe lo que no escoge así como lo que escoge, y la elección se debe basar en un entendimiento de cuáles son los intereses de dicha elección. Está claro que la interpretación de estos intereses no reproducirá simplemente la del economista profesional. Los límites disciplinares inevitablemente definen el punto de partida y de dirección que toma una investigación cuando trata de dar respuesta a un planteamiento. Existe, sin embargo, una diferencia: el experto en Estudios Culturales hace un estudio de la economía, no como un economista, sino precisamente como un erudito de los Estudios Culturales, reconociendo, por ejemplo, que, a cierto nivel, la economía es también una construcción cultural, un discurso (de igual modo que los Estudios Culturales están implicados en todo tipo de realidades económicas). No se trata, pues, de convertirse en un economista, sino en trabajar dentro de los parámetros del discurso y de su campo tanto como haga falta, con el objetivo de dar respuesta al planteamiento inicial de una manera distinta y novedosa —del modo en que lo haría un especialista interdisciplinar en Estudios Culturales.

En consecuencia, los Estudios Culturales desafían la impenetrabilidad asumida de las fronteras existentes entre disciplinas; es más, se atreven a retar su modo de trabajo. Rechazan la suposición implícita aunque necesaria de que cada disciplina debería de tener el poder para definir el criterio adecuado para estudiar el objeto de investigación. Los Estudios Culturales afirman que hay muchos procedimientos para estudiar los objetos disciplinares, para trabajar cruzando campos disciplina-

res, dependiendo del punto de partida, de la pregunta que se plantea y del tipo de respuesta que se busca. Por consiguiente, los Estudios Culturales amenazan con emborronar las límpidas divisiones de elecciones —tanto metodológicas como teóricas— que las disciplinas constantemente se empeñan en establecer. Dicho de modo más sencillo, como las cuestiones interesantes no coinciden cómodamente con nuestras competencias disciplinares, los Estudios Culturales reivindican una predisposición favorable a hablar fuera de aquel marco de conocimiento que uno afirma dominar con seguridad. Esto significa que el investigador se tiene que arriesgar a cometer errores y ser lo suficientemente humilde como para correr el riesgo de parecer insensato o, incluso, un poco tonto.

Indudablemente, cómo se debe llevar a cabo la interdisciplinaridad sigue siendo una pregunta abierta. La discusión anterior está escrita como si la carga que supone el reto interdisciplinar recayera sobre los hombros del investigador individual y, a menudo, así es como se enfoca por parte de los investigadores actuales. Sin embargo, se podría argumentar que todo esto no hace más que reproducir otro aspecto de la estructura dominante de la práctica académica en la universidad moderna, sobre todo en las humanidades (y, en menor medida, también en las ciencias sociales). Damos por hecho que dicha investigación implica al intelectual individual, aislado y absorbido por cualquiera que sea el objeto de su investigación. A pesar de esto, por todo el mundo existen esfuerzos dedicados a un trabajo colectivo sobre Estudios Culturales, a veces definido intelectualmente, y otras política o institucionalmente. Quizás siempre haya algo colaborativo dentro de los Estudios Culturales. Después de todo, no es mera coincidencia que un buen número de tradiciones distintas de Estudios Culturales, como el Grupo de Estudios Subalternos en la India o el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos en el Reino Unido, hayan asumido que sólo es posible abrazar la interdisciplinaridad a través de estrategias colectivas y colaborativas para la investigación. Por citar un ejemplo, el modelo de Estudios

Culturales de Hoggart proponía que se involucraran representantes de distintas disciplinas en un proyecto de investigación común. Cada uno pondría sobre la mesa sus propias destrezas.

Desgraciadamente, Hoggart falló al no tener en cuenta que cada experto hablaría con una jerga diferente y operaría también con distintos conjuntos de suposiciones, producto de sus respectivas disciplinas y de sus compromisos teóricos y políticos. Por otro lado, en distintas ocasiones, el Centro trató de distribuir tareas investigadoras entre varios participantes (la persona A se centraría en asuntos institucionales, la persona B sobre cuestiones económicas, etc.). Mientras que el primero fracasó en la creación de un marco común de Estudios Culturales compartido por todos los investigadores, el segundo falló al no darse cuenta de la dificultad de internarse en una matriz disciplinar de suposiciones, lenguajes y prácticas. Aun así, ambos modelos, a pesar de sus defectos, se han utilizado en varios momentos y lugares, habiendo producido, en alguna ocasión, un trabajo en verdad impactante, convirtiéndose en los mejores ejemplos del potencial de los Estudios Culturales.

No es intención de los Estudios Culturales, ni mucho menos, reconstituir una totalidad imaginaria del saber; más bien al contrario, lo que tratan es de desarrollar una comprensión más modesta y limitada del conocimiento, y de su propia autoridad como práctica productora del mismo. Éste es el tercer desafío que los Estudios Culturales les ponen a las prácticas que se dan por hecho en el ámbito académico. El trabajo de los Estudios Culturales reconoce su parcialidad y sus limitaciones, pero se niega a aceptar la acusación de que esto desautorice su investigación o que por ello se la considere imprecisa, que otras que no serían —o no se reconocería que fuesen— igualmente parciales y limitadas. De ahí que los Estudios Culturales rechacen la acusación que se les hace de quedar atrapados en el relativismo ya que consideran que la misma categoría de relativismo asume cierta inadecuación frente a otra clase de conocimiento no- e im-parcial. No obstante, el hecho de que todo conocimiento esté condicionado y constreñido, y sea

interesado y parcial, no significa que no haya una diferencia cualitativa entre éstos.

Quizás, siendo más precisos, los Estudios Culturales busquen nuevas formas y articulaciones de autoridad, construidas en las posibilidades originadas por conocimientos concretos más que por el estatus de aquello que las produce. Aunque no tienen pretensión alguna de llegar a la totalidad o universalidad, los Estudios Culturales sí que buscan un conocimiento mejor o más completo. Los Estudios Culturales intentan sostener su derecho a ser autoritativos frente al relativismo. Con demasiada frecuencia el campo académico contemporáneo renuncia a todo tipo de autoridad intelectual. Reconocer que el trabajo intelectual es un modo de producción cultural no quiere decir que se puede poner exactamente a la misma altura que cualquier otra práctica cultural. El trabajo intelectual debe reivindicar su autoridad pero teniendo en cuenta que autoridad no significa dogma. Es decir, no tiene que derivar en la presunción de poseer acceso privilegiado a la respuesta "correcta". No existen respuestas correctas en la historia, pero eso no implica que no haya análisis mejores, más útiles y que ayuden a progresar. La autoridad se obtiene de posibilidades: posibilidades de dar respuesta a un cuestionamiento, posibilidades de cambio, posibilidades de expansión. Dicha autoridad intelectual no puede depender de medidas objetivas o trascendentales, o de garantías. Puede que debamos tenerlo en cuenta en nuestro proceder, pero no hace falta que desacreditemos su autoridad —específica, contextual y modesta— pero autoridad al fin y al cabo.

Los Estudios Culturales reivindicamos su autoridad procurando reflejar sus propias limitaciones y parcialidad, emplazándose en un conjunto de relaciones (del mismo modo que sitúa su objeto en una amalgama de conexiones) para entender los procesos por los que el conocimiento que origina en respuesta a un grupo particular de condiciones está condicionado por esas mismas condiciones, al igual que cualquier otra práctica cultural. Como mínimo, esta práctica autorreflexiva de los Es-

tudios Culturales reconoce que el intelectual académico también es un participante de las mismas prácticas, formaciones y contextos que analiza. En otras palabras, nosotros somos producto de nuestros propios estudios, incluso si los producimos a partir de las mismas prácticas de nuestro estudio. Nuestro trabajo también está modelado por nuestra localización dentro de variadas instituciones y relaciones sociales. Dicha auto-reflexividad no es un problema de autorrevelación. Lo que aquí se trata no es un asunto de ética personal, de psicología o de una mera lista de identidades, sino de un tipo de rigurosa práctica discursiva, así como de un análisis de condiciones institucionales.

La habilidad de llevar a cabo dicho análisis auto-reflexivo depende, en parte, de la importancia que los Estudios Culturales le otorgan a la teoría. Defienden que el trabajo teórico —una abstracción conceptual e invención explícita y sofisticada— es de vital importancia en cualquier intento de entender el mundo, o de dar respuesta a cualquier pregunta específica que se haga sobre el mundo. Podríamos decir que el camino que va de la pregunta a la respuesta se desvía necesariamente por la teoría para que no equiparemos el objeto que encontramos en el punto de partida de nuestra investigación (el objeto tal y como aparece en nuestras vidas, como se nos es “dado empíricamente”) con el fin de la misma. Lo que se alza entre estos dos puntos es el trabajo teórico (y la investigación empírica).

La teoría es necesaria porque el objeto en sí ya ha sido construido parcialmente por otros discursos (teóricos, culturales, etc.). En todo caso, esto no significa que el lenguaje de la reflexión teórica deba mantenerse distante y con una perspectiva crítica de los discursos comunes y no tan comunes a través de los cuales la realidad se modela y construye parcialmente en las variadas instituciones culturales y cotidianas de la sociedad.

Sin duda, este hincapié que se hace en la teoría irritará a algunos, es más, la especial relación con la teoría que se establece en los Estudios Culturales se toma como un desafío de

lo que ha sido el uso predominante de la “teoría intelectual” en la práctica académica. Incluso el nombre, “teoría elevada”, término utilizado en los años setenta y ochenta para describir el influjo de la teoría francesa y alemana en las humanidades y ciencias sociales como alternativa al cientismo y al empirismo que habían predominado hasta entonces, tiene tintes de objeto sagrado. Pero esto es precisamente lo que rechazan los Estudios Culturales. Abraza apasionadamente a la teoría pero rechaza hacer de ella un objeto sagrado o el objetivo único de su trabajo. Los Estudios Culturales se oponen a escoger una teoría y aferrarse a ella. Lo que persiguen es considerar las teorías como hipótesis y recursos que puedan encajar, a la vez que ponerse a prueba, en su proyecto específico.

Además, si la teoría se utiliza como recurso o herramienta, más que como un talismán sagrado, se puede abrir la puerta a un eclecticismo responsable. Los Estudios Culturales se oponen rotundamente a comprometerse con la teoría pura por el hecho de ser teoría en sí. Es decir, que no hay por qué aceptar una teoría en su totalidad. Se pueden usar partes de una posición teórica junto con partes de otra. En mi opinión, cuando esto se realiza con responsabilidad significa que uno conoce lo que está haciendo (que comprende la teoría lo suficiente como para saber exactamente lo que se puede sacar de contexto) y que reflexiona sobre las posibilidades de contradicción y tensiones que pueden surgir como resultado de esta práctica. ¿Por qué o quién, entonces, los Estudios Culturales toman estas decisiones y apropiaciones? Los Estudios Culturales usan la teoría para “seguir teorizando”, cuestionado con rigor y transformando sus compromisos teóricos conforme avanza la investigación, construyendo estratégicamente formaciones teóricas en respuesta a sus proyectos particulares. Los Estudios Culturales reconocen que la teoría queda siempre abierta, que el juego de ajedrez teórico (movimiento, crítica, contra-movimiento) resulta interminable, pero eligen, en cualquier caso, detener el juego teórico y ofrecer un análisis con base teórica, ofrecer la mejor respuesta posible. Esto es,

sabiendo que a tu posición le hace falta aún más elaboración, desarrollo e incluso crítica, todavía tendrás que realizar un compromiso pragmático, por el momento, apostar y asumir el riesgo, con este análisis teórico en vez de con otro. Es más, uno debe tener una predisposición a admitir que puede perder la apuesta, que esta posición teórica no vale la pena, que uno ha alcanzado un punto sin salida. ¿Pero qué parámetros utilizan los Estudios Culturales para medir el valor de la teoría más útil y del mejor conocimiento?

Esto nos conduce al último reto que los Estudios Culturales le imponen al campo académico, ya que la respuesta es que los Estudios Culturales miden la utilidad de la verdad y la validez del conocimiento por su habilidad para abrir nuevas posibilidades para cambiar la realidad, aunque sean imaginarias, al menos en el contexto limitado de la propia investigación. Los Estudios Culturales no sólo importan el desordenado mundo de la vida de la gente al ámbito universitario, sino que piden que este último se ponga al servicio del primero. Rechazan la imagen de la universidad acorazada y, de algún modo, divorciada de las fuerzas sociales existentes fuera de ella. Si la universidad actual separase la cultura de la sociedad y la economía, también pensaría que podría proteger al menos cierto tipo de cultura —concretamente la cultura “de élite” o las artes clásicas y la literatura— de cualquier reivindicación que la sociedad y la economía pueda hacer de ella. Los Estudios Culturales niegan dicha separación e invierte el privilegio. Dicho de otro modo, el saber por el saber resulta tan problemático como el arte por el arte. Esto no significa que saber y arte carezcan de valor (incluso si aún no se pueda especificar ninguna relación), porque el hecho es que no se puede predeterminar dónde y cuándo ciertos conocimientos pueden tener sus implicaciones o cuándo su valor potencial se hará efectivo.

Dicha inversión de papeles resulta más obvia cuando uno se pregunta cómo se organiza la investigación de los Estudios Culturales. ¿De dónde salen las preguntas? La respuesta típica en la universidad es que las cuestiones de la propia inves-

tigación surgen de las operaciones internas de la disciplina. Se responde a una pregunta que está sin contestar. A menudo, se empieza con una teoría y se pregunta qué objeto empírico todavía no ha sido incorporado en su maquinaria explicativa. Los Estudios Culturales empiezan permitiendo al mundo que permanece fuera del campo académico que nos pregunte cosas a nosotros, como intelectuales. Sus cuestiones, por tanto, se derivan del sentido del mundo del investigador (hay que reconocer que quizás de su sentido común) y de las cuestiones políticas y posibilidades del momento. No es mi intención afirmar, con un empirismo inocente, que el mundo real hable por sí mismo, sino que los Estudios Culturales empiezan por reconocer que el mundo está ya estructurado, no sólo por las relaciones de fuerza y de poder, sino también por las voces de la esperanza y aspiración políticas y cotidianas. Los Estudios Culturales empiezan donde está la gente, con articulaciones ya constituidas sobre la esperanza popular y la decepción de la vida diaria. Como consecuencia, el conocimiento que buscan los Estudios Culturales implica comprender dónde se sitúa la gente y cuáles son las fuerzas que estiran y empujan a los individuos en distintas direcciones, con el fin de que nosotros/as y/o ellos/as capturemos/en dichas fuerzas en modos que los lleven (y quizás también a todos nosotros) a algún lugar que esperemos sea mejor.

No obstante, incluso el modo con el que los Estudios Culturales encaran la política y permiten que ésta dé forma a sus propios discursos, los enfrenta a las prácticas dominantes de intervención política dentro y fuera del campo académico. Es por ello que los Estudios Culturales argumentan que la política debe de ser entendida teórica y contextualmente. Los Estudios Culturales demandan cierto distanciamiento de las secciones políticas y cierta autonomía de trabajo intelectual. Por eso no creo que se pueda afirmar que producen intelectuales holistas. Los Estudios Culturales proponen que tomemos un enfoque flexible, en cierta medida pragmático o estratégico, y a ser posible modesto, de los programas y posibilidades

políticas. Dicho enfoque niega la posibilidad de una política totalizadora (de ahí que se destaquen las críticas políticas basadas en el mero hecho de la ausencia de cualquier asunto o circunscripción política).

Por consiguiente, se niegan a asumir que exista un único análisis político, estructura o estrategia que pudiese transformar adecuadamente la realidad por completo, que pudiera o debiera usarse en todo momento o situación. También rechazan que se dé por hecho el mundo de la lucha política existente y común. No hay nada que sea inevitable o necesario en la estructura y distribución de circunscripciones políticas existentes, ni hay razón para asumir que sean necesariamente adecuadas. Igualmente, mientras que tienen que dar comienzo donde la gente está, se niega a dar por hecho que las definiciones comunes de antagonismo político son por sí mismas inevitables o incluso adecuadas. Por ejemplo, si bien puede resultar bastante razonable empezar con cuestiones de identidad en la política contemporánea norteamericana, esto no implica que debamos concluir con una especie de política de la identidad. Es más, rechaza medir la eficacia política de su trabajo con otras formas de activismo más directas (que están al alcance de nosotros como individuos, en cualquier caso).

Además, los Estudios Culturales creen que el cambio siempre es posible, aunque pueda resultar fácil o difícil en comparación desafiante y transformar cualquier relación específica. Siempre se puede encontrar posibilidades, estrategias, para dar respuesta a las demandas de la organización del poder en el mundo. En este sentido, los Estudios Culturales están motivados por un deseo de dejar espacio al optimismo frente al pesimismo abrumador y del todo razonable al que se enfrenta cualquiera que contemple el mundo contemporáneo. Los que se dedican a los Estudios Culturales les encanta citar a Gramsci: "pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad". ¿Qué sentido tiene ser tan pesimista si no se puede encontrar la voluntad para comenzar a luchar? Por otro lado, ¿qué sentido tiene ser tan optimista que no se encuentra la necesidad de luchar con-

tra las estructuras existentes de poder? Por eso, mientras los Estudios Culturales a menudo buscan y encuentran elementos y dimensiones de fuerza, esperanza, supervivencia e, incluso, resistencia, todo frente a una hostilidad todopoderosa, mientras se muestran preocupados por la vida cotidiana de la gente, no eliminan dicha hostilidad o los sistemas de dominación que la producen. Su suposición —que donde hay poder existe al menos la posibilidad de resistencia y, a menudo, la lucha para sacar lo mejor de una pésima situación— es corolario de su teoría de poder como relación entre fuerzas desiguales.

Mientras que los Estudios Culturales no tienen intención de considerar a los individuos como alelados culturales, que no entienden su entorno cultural y están siendo siempre manipulados por los que producen la cultura, tampoco consideran que la gente esté siempre en control, siempre resistiéndose, siempre alerta, siempre operando con una comprensión bien informada del contexto. Esto, pienso, es un malentendido crucial. Si se da por hecho que la gente es tan estúpida, alelados culturales, que no se dan cuenta de lo que se les está haciendo, ¿qué sentido tiene entonces la educación o el trabajo crítico? Además, no creo que sea la mejor manera de intentar organizar el cambio político —tomando como punto de partida el decir a la gente que son demasiado estúpidos como para comprender lo que les está sucediendo, que no entienden lo que es mejor para ellos. Esto no significa que los Estudios Culturales no crean que la gente a menudo esté embaucada por la cultura contemporánea, que se les esté mintiendo y, a veces, por varias razones, no lo saben o se niegan a admitirlo. Pero esto no significa que los Estudios Culturales se opongan al vanguardismo de gran parte del discurso político contemporáneo, donde el vanguardismo representa la suposición de que sólo un pequeño cuadro de líderes de élite realmente comprende la situación lo suficiente como para ser capaz de definir los problemas y las soluciones para el resto de los mortales.

Los Estudios Culturales están comprometidos con la lucha, a veces de facto, pero siempre como una posibilidad existente

que se tiene que perseguir. Esto también puede servir como descripción de la práctica estratégica propia de los Estudios Culturales. Para los Estudios Culturales, el mundo es un lugar de batalla, un equilibrio de fuerzas, por ello, el trabajo intelectual debe comprender este equilibrio para poder encontrar modos de desafiarlo y cambiarlo. Está claro que los Estudios Culturales reconocen que la supervivencia, el cambio, la lucha, la resistencia y la oposición no son la misma cosa, que las relaciones entre estos conceptos no son predecibles, y que existen diversos modos y lugares donde se desarrollan y se han desarrollado (desde la vida cotidiana y las relaciones sociales hasta las instituciones políticas y económicas. En otras palabras, los Estudios Culturales no asumen que toda política sea cultural pero sí que la cultura es inseparable de cualquier lucha política. Esto es, quizás, el mayor reto político que los Estudios Culturales plantean, ya que admiten que la cultura, el trabajo intelectual incluido, importa. La manera por la cual los Estudios Culturales argumentan que la cultura se tiene que tener en cuenta y tiene que dar cuenta lleva a cabo dos cosas. Primeramente, los Estudios Culturales intentan arrebatar la cultura de las manos de los intelectuales de élite y devolverla al lugar donde pertenece: el centro de la vida humana y de la lucha política. Los Estudios Culturales batallan contra los críticos culturales que definen su tarea como la identificación y protección de la cultura "auténtica", lo que ellos estiman valioso y correcto. Asimismo luchan contra los críticos políticos quienes afirman que la cultura es una preocupación secundaria que sólo sirve para enturbiar las aguas claras de sus juicios políticos vanguardistas. Los Estudios Culturales no se atribuyen el papel de hablar en nombre del pueblo, sino en defensa de la importancia y del poder de la cultura en la organización de la realidad y del poder.

En segundo lugar, los Estudios Culturales tratan de tomar en serio aquellos aspectos y dimensiones de la vida humana y la realidad que los intelectuales, al contrario que la amplia mayoría de la gente que vive su vida, han ignorado. Los Estudios

Culturales siempre se han negado a tomar el camino fácil de considerar aquellos temas legítimos de los Estudios Culturales sobre los que ya hay consenso. Están comprometidos con la revisión y expansión de la organización de la teoría crítica y la política progresista, con el cuestionamiento de los objetos y asuntos del trabajo crítico que se dan por hecho, y con tomar en serio a aquellos cuyo trabajo crítico ha sido excluido. Por citar un ejemplo, los Estudios Culturales nunca han reivindicado que toda política se podría tratar en términos de ideología, pero sí que han reclamado que la izquierda ha ignorado o entendido de modo inadecuado el poder de las prácticas ideológicas. Nunca han pensado que la cultura popular definiese su proyecto, pero, en diversos momentos y lugares, han creído que la cultura popular era lo suficientemente importante como para incluirla en su agenda crítica. Debido a sus comienzos heterogéneos, han argumentado que la izquierda ha ignorado cuestiones de racismo e imperialismo, por ello gran parte del trabajo más relevante de los últimos quince años se ha dedicado a estos temas:

Quizás lo que subyace tras estos retos es uno de los compromisos más simples y básicos de los Estudios Culturales (abarcár la complejidad y negarse a simplificarla). Los Estudios Culturales admiten que todo es siempre más complicado de lo que una o incluso varias perspectivas pueden "tematizar". Y, sin embargo, esta reducción es lo que impera en los modos actuales de producción del conocimiento. Es el paso de la complejidad a la simplificación, de lo concreto a lo ejemplar, de lo singular a lo típico, lo que define el poder normativo del conocimiento moderno. En oposición a estas prácticas, la retórica apropiada de los Estudios Culturales es "sí (eso es cierto), pero también lo es esto... (y aquello... y aquello...) o, si se prefiere, la lógica del "sí, y... y... y..." (donde cada "y" adicional transforma las implicaciones de las frases precedentes). Este es el reto último de la innecesaria autoridad de la experiencia.

Precisamente esto me conduce a uno de los ataques más comunes que se les hace a los Estudios Culturales: la acusación

de que el lenguaje de los Estudios Culturales es impenetrable, con un gran uso de jerga. En cierto sentido, esta acusación es irrefutable. El trabajo de los Estudios Culturales resulta a menudo difícil, incluso impenetrable, para alguien que no ha sido educado en su vocabulario y matices. Los eruditos de los Estudios Culturales se sitúan en la práctica de la producción de conocimiento, y el conocimiento es, ante todo, un producto más bien esotérico. En la producción del saber uno pone a prueba su trabajo con los juicios de otros colegas académicos y, por tanto, habla el lenguaje acorde con esta comunidad estrechamente definida. De hecho, en muchos dominios, de la ingeniería a la física, de la psicología cognitiva a la economía, esperamos que los que producen ese tipo de conocimientos hablen con un lenguaje que no está al alcance de la mayoría de nosotros.

¿Por qué a los físicos y a los economistas (o incluso a los mecánicos de coches) se les permite, y se espera que usen una jerga incomprensible, mientras que aquellos que exploran al realidad social se tienen que expresar de tal modo que todo el mundo les entienda? ¿Es la realidad humana menos compleja, menos estratificada, menos contradictoria, menos sorprendente, que las relaciones de las partículas subatómicas, los mercados saneados o del motor automotriz? El mundo social no es sólo más complejo; sino también reflexivo o recurrente. Uno se ve obligado a usar el lenguaje para poder estudiar un mundo marcado por el uso del mismo. Es más, sabemos que el lenguaje (a pesar de lo que el sentido común se afana en hacernos creer) nunca es un transeúnte inocente que nos proporciona un informe de la realidad imparcial y trascendente, o que nos permite un acceso libre e inmediato a aquello que está detrás o junto a él. El lenguaje no sólo forma parte de la realidad; es parte activa de la realidad. Los dos no se pueden separar, por eso, cómo se va a usar el lenguaje para producir conocimiento sin, al menos, cuestionar aquellos lenguajes comunes y cotidianos. A veces, la obviedad del sentido común no funciona; a veces necesitamos más de una

explicación compleja y nada obvia de lo que está ocurriendo. ¿Por qué recae el peso de la responsabilidad en aquellos investigadores que utilizan este tipo de lenguajes en lugar de en las normas sociales que definen lo que se espera que sepan las personas que han recibido una "educación", qué tipo de lenguaje se espera que usen? (A nuestros estudiantes se les exige expresarse con el lenguaje de la genética, de la informática, de la iniciativa empresarial cada vez más neoliberal, pero no con el del marxismo o el de la deconstrucción). Al mismo tiempo, los intelectuales son algo más que meros productores del saber. Son casi siempre profesores o escritores públicos con responsabilidades pedagógicas, sociales y políticas. Raymond Williams afirmó que los Estudios Culturales tienen que ser siempre algo más que una erudición, que también son un proyecto pedagógico que ofrecemos a aquellos para quienes las cuestiones que plantean los Estudios Culturales representan preocupaciones reales, personales e inmediatas. Antonio Gramsci decía que el político intelectual tenía dos funciones: la primera es saber más que la otra parte; y la segunda es compartir ese conocimiento con la gente que quiere realizar algo con ello. Éste, en mi opinión, es el problema al que se enfrentan los Estudios Culturales — así como otras formas de discurso intelectual. Hay que admitir que los Estudios Culturales no han tenido mucho éxito, aunque no se debería descartar tan rápidamente el enorme éxito pedagógico del que los Estudios Culturales han gozado en escuelas y universidades. No obstante, dicho éxito pedagógico se debería expandir más allá de las puertas de la educación superior, en colegios, institutos y, en suma, en las conversaciones públicas de la sociedad. Esto sin duda requerirá reconstituir la pedagogía frente a dichas tareas críticas.

Sin embargo, también tendría que estar claro que no hay razón necesaria por la que a una sola persona se le deba encomendar la tarea de comunicar el conocimiento a diversos públicos. ¿Por qué todos aquellos que producen el saber tienen que responsabilizarse de comunicar el conocimiento que producen a

toda audiencia posible? ¿Por qué se espera que todos aquellos que enseñan a estudiantes universitarios también eduquen a los que están fuera de la universidad? Quizás debamos pensar en educar a una generación de estudiantes que se encuentren más cómodos expresándose con los múltiples discursos y lenguajes que dicha comunicación multi-receptora demandaría. Quizás debamos pensar también en educar y formar a estudiantes que se consideran traductores del conocimiento para el ámbito público, como trabajadores culturales en una variedad de lugares institucionales. ¿No resulta extraño que cada vez haya más periodistas y educadores altamente cualificados en los campos del conocimiento y la investigación científica que en el ámbito de la erudición social y cultural?

Para concluir, me gustaría retomar un argumento que he planteado con anterioridad: concretamente que los Estudios Culturales se hayan “retirado” a la universidad. ¿De qué se han retirado? —de las aulas. ¿Adónde se han retirado? —al aula. Los Estudios Culturales tratan en gran medida de la educación y la pedagogía. Después de todo, la cultura es pedagógica. Nos enseña en qué consiste el mundo, cómo está organizado y cómo vivir en él, pero no quiero decir que esto implique que dicha enseñanza se sitúa de algún modo detrás del proceso por el cual se construye, se organiza y se vive el mundo; La enseñanza no es una actividad secundaria; es la formación misma de la realidad, y esto es en lo que consisten los Estudios Culturales. De ahí que los Estudios Culturales sean un modo de enseñanza, no sólo en el aula, sino también en su investigación, ya que con ambas ayuda a la formación del mundo y a definir cuáles son las posibilidades de vivir en este mundo y de transformarlo. Todo aquello que tiene lugar en el aula y en la práctica de la investigación no es una mera parte subsidiaria de lo que hacen los Estudios Culturales para que planteen, convenientemente, en el momento apropiado. Residen en el corazón mismo de lo que los Estudios Culturales significan, así como en su análisis final, esto puede ser el mayor desafío que los Estudios Culturales plantean.

## Los contextos de los Estudios Culturales

Definir qué son los Estudios Culturales es una tarea un tanto arriesgada. Mucha gente afirma que sí lo hace, mientras que otros parecen estar lo suficientemente seguros de saber en qué consisten como para atacarlos. Sin embargo, lo cierto es que muy pocas personas que trabajan bien con los Estudios Culturales o bien contra ellos coinciden en una sola definición. Ninguna de ellas consigue incluir a todas las personas que querrían situarse dentro de los Estudios Culturales. A menudo esto se toma como prueba de que hay que evitar ofrecer cualquier tipo de definición. Con frecuencia se da por hecho que, inevitablemente, cualquier definición acabaría controlando su propia delimitación, lo cual entraría en contradicción con la política de los Estudios Culturales. Aunque personalmente yo no estoy de acuerdo, las razones por las cuales resulta difícil dar una definición de los Estudios Culturales proporcionan un buen punto de partida para tratar de comprender exactamente en qué consiste definirlos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Quiero poner de relieve que el término “Estudios Culturales” se aplica al trabajo en sí, no al autor que los elabora. No todo lo que una persona a quien se identifica con los Estudios Culturales escribe tiene que por qué ser